

MANOLO D. ABAD

**VIAJES AL FONDO
DEL PRECIPICIO**

Viajes al fondo del precipicio

COLECCIÓN TURBULENCIAS

Primera edición: Abril, 2012.

© 2012 Manolo D. Abad

I.S.B.N: 978-84-939034-4-2

D.L: AS-363/2012

HiFer Editor

Diseño cubierta y compaginación: Belén Lobeto, a partir de una idea de Belén Lobeto y Manolo D. Abad.

Pintura portada: Juan Falcón.

Fotos: Pablo Lorenzana.

HiFer A.E.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc) sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Impreso en España.

Printed in Spain.

VIAJES AL FONDO DEL PRECIPICIO

-COMPULSIÓN	10-26
-DELIRIOS DE CHUCHO	28-35
-UN PASO HACIA LA LUZ	36-43
-POR LAS CALLES VACÍAS	44-55
-SUEÑO DE PAPEL	56-61
-ARIETE	62-78
-SANGRE MORTAL	80-85
-FRIDAY ÍM IN LOVE	86-92
-MERCEDES 280 SL	94-102
-LA CULPA	104-108
-20 M ²	110-113
-LA CRUZ DE SAN PANCRACIO	114-131
-TRASH	132-137
-LA OTRA ORILLA	138-142
-EN UN MUNDO DE ALGODÓN DE AZÚCAR	144-153
-HONKY TONKIN´	154-169
-LA SERPIENTE	170-174

“No necesitamos miradas extrañas en nuestra muerte”

(Ignacio del Valle)

“En la venganza, el débil siempre es el más feroz”

(Maurice Barrès)

“El que vive más de una vida, debe morir más de una muerte”

(Oscar Wilde)

COMPULSIÓN

Aún eran las seis de la tarde, pero Bernardo ya estaba alterado. Esa noche iba a cerrar un estupendo contrato: Tres libros para el mejor periódico de la ciudad que se publicarían en fascículos durante un año. Ahora que otras de las publicaciones que sacaba su editorial empezaban a flaquear, a perder interés y dinero, ésta dejaría sus cuentas brillando.

Gadget llegaba tarde. Le volvió a llamar desde el móvil.

-¿Qué? ¿Cómo andas? ¿Tardas mucho con la pizza?

-Tranquis, estoy a punto de llegar. Es que hay mucho tráfico a estas horas.

A esas horas, la ciudad se volvía un caos circulatorio y Gadget permanecía atrapado con su coche tras un autobús que no le permitía adelantar e iba parándose cada cincuenta metros. Gadget no era un pizzero, ni tan siquiera llevaba una pizza. Tan sólo una caja para pizzas envuelta en un estuche pero sin producto en su interior. Al menos, producto comestible. El suyo era otra clase de negocio que exigía hablar en clave.

Picó al “cuarto D”. Contestó Bernardo y el joven, de cabello rizado y andar desgarrado lamentó que en esa casa no hubiera un maldito ascensor. Lo único bueno es que al llegar al domicilio de su cliente, éste le invitaría a una copa de whisky Jameson. Sólo tomaba Jameson en casa de Bernardo. Una piedra, vaso corto, chorro amplio. Como si se cepillara cuatro chupitos. Con el hielo conseguía que el líquido tostado no le quemase

tanto en la garganta. Esa sensación le encantaba. Antes de dar cuenta del vaso, sacó el material: seis bolsitas repletas de polvo blanco. Doce gramos de cocaína.

-¡Vaya fiestón, no?

Gadget siempre había sido un poco bocazas, pero a Bernardo no le importó. Le dijo a su camello mientras éste apuraba el whisky:

-Sí, va a ser un buen negocio. Y cuando yo hago buenos negocios, tú también.

El “amigo” se había bebido en dos sorbos largos y profundos el Jameson. Apurando cada trago, paladeando en su boca el aroma de un licor que le encantaba. ¿Por qué no encontraría nunca botellas de Jameson en el supermercado de su barrio? Quizás si todas las noches, tras una dura jornada de “repartos”, se bebiese uno, no le sabría tan bien como en casa de Bernardo. O quizás sí, quién sabe.

Le acercó los billetes y Gadget los tomó sin darles importancia, mientras los desplegabá con suavidad para contar el importe.

-Tengo que marcharme. Hoy es viernes, hay un tráfico de mierda y tengo que entregar muchas pizzas.

Sonrieron al unísono y Gadget se marchó.

Bernardo abrió el contenido de una de las bolsas y se preparó un par de rayas, amplias, bien cargadas, que cortó con una navaja con sumo cuidado y precisión. De la cocina se fue al salón, acompañado

por su vaso. Con Jameson pero sin hielo. El suyo era vaso largo y fino, así medía mejor su contenido que con uno corto. Encendió el ordenador, que marcaba las siete menos cuarto. En internet buscó su página porno favorita y en ella a su actriz porno más deseada: Felecia. Le ponían loslésbicos sobremanera y, al pinchar en la imagen, pudo contemplar cómo cinco mujeres iniciaban las maniobras sexuales. Bernardo se bajó el pantalón de chandal y los boxer, que ya habían comenzado a apretarle dolorosamente segundos antes, y comenzó a masturbarse bajo el estímulo de las imágenes. Pasarían seis minutos hasta que consiguió correrse en el pañuelo de papel y suspirar aliviado. La tensión parecía haber descendido y observó el cartel de la película “Diva”, que estaba colgado justo enfrente de su mesa de trabajo en el salón. Sonó el móvil. El tono era “Some Velvet Morning” en la versión de Primal Scream con Kate Moss. La cara de Raquel con la lengua fuera se mostró en la pantalla del teléfono:

-Hola, preciosidad.

-¿Qué pasa, cariño? ¿Ya no me quieres?

Raquel no era sudamericana, ni su acento se correspondía con ninguno del de esos países, pero su voz resultaba dulce como un lingotazo de zumo de kiwi, su bebida favorita. Con unas gotas de vodka, eso sí. Sus besos sabían igual o mejor. Bernardo volvió a notar cómo una nueva erección se abría paso.

-Verás, cielo: Hoy tengo una cena de trabajo crucial. Si quieres quedamos más tarde.

-¿Cómo de tarde?

El azúcar de su voz se había diluido en un tono de decepción.

-Pues, ya sabes cómo son éstas cosas... ¿A la una en el Blondie?

-Vale. La voz sonó con desgana. Si Raquel encontraba un plan mejor, había posibilidades de que no apareciese. Iría donde mandasen sus amigas. Quedaría con ellas a cenar, y pagar a escote. Si hubiera quedado con Bernardo, se hubiese ahorrado un montón de euros.

El editor colgó sin inmutarse. Ya estaba empalmado y se imaginó a sus dos amantes juntas en un trío. Raquel, Marta, él, juntos. Volvió a meneársela, pero esta vez el maldito teléfono con el tono de la canción que popularizase Nancy Sinatra le interrumpió en sus operaciones íntimas.

-¿Síiiiiiiiiiiiiiii...

-Cariño, ¿qué te pasa?

Era Marta. La erección regresó. Bernardo pensó en sus grandes pechos, en sus enormes pezones, en lo buena que era en la cama. Amorosa hasta la extenuación.

-Nada, cielo, nada. Es que estoy nervioso. Hoy es un día muy importante para mi negocio.

-Pero, corazón, ¡¡¡si el lunes habíamos quedado en vernos hoy!!!

-¡Oh, vaya! ¡Lo siento, amor mío! Tengo una cena de negocios muy importante, ¿podrías resistirla?

La mujer no dudó ni un instante:

-Claro que sí, Berni.

-Bueno, hecho. Llamo al restaurante y te digo cómo quedamos.

-¡Muac!- dijo ella.

Colgó, al tiempo que un enorme suspiro inundó la habitación. Su miembro parecía recién salido de una estancia de tres horas dentro de una piscina. Encendió el equipo, “Remain In Light” de los Talking Heads y, bailando al son del extraño ritmo, se fue en pos de un par de rayas más y una buena ducha.

La vinatería “El Toro” ya bullía en su barra con una variopinta fauna de ejemplares dispuestos a comerse la cena unos, y la noche otros, más osados. Bernardo pidió un Cariñena mientras contemplaba nervioso el reloj, ajeno al cuerpazo de Sandra, una de las camareras del local. Ya conocía sus interioridades de una noche loca en la que ambos acabaron en su casa. Marta picando desde el portal y los dos desnudos, en la cama, sin parar de reír. Sandra esperó en el quinto a que la novia oficial entrase. De modo que no se conocían, pero hasta la camarera giró la cabeza cuando

Marta apareció en el local, todo curvas peligrosas, con un vestido rojo que parecía exigir “cómeme”. Al editor ya no le importaron los veinte minutos de retraso, los dos vinos, el nerviosismo ante un negocio crucial. Sólo tragó saliva y volvió a tragar saliva hasta que ella rompió el silencio con un amoroso “Hola, cielo”. Él hundió su lengua en las profundidades de un lago que abrasaba.

-Hemos de irnos, nena, ya llegamos con retraso.

Se subieron al pequeño descapotable de Marta y emprendieron ruta hacia el Restaurante De Las Heras, que se encontraba en las afueras de la ciudad. La densidad de tráfico había remitido y la novia oficial del editor pisaba a fondo por la autovía. Él se conformaba con mirar su espléndido par resaltado por los tirantes y su movimiento al compás de los volantazos de la abogada. No cruzaron una palabra en todo el trayecto. El viento, la velocidad, la noche de luna llena, una extraña sensación, impedían pensar en algo.

Los dos tipos de la empresa periodística esperaban en la pequeña barra que flanqueaba la entrada a un enorme comedor. Bernardo pudo comprobar cómo las miradas de los hombres se clavaban en los pechos de Marta. Se sintió algo más tranquilo.

El maître les condujo a un salón privado, algo pequeño, con una de esas decoraciones que pretenden estar a la última de diseño y consiguen dañar a la vista por su mal gusto. Al menos, las sillas eran cómodas.

La conversación giraba en torno a topicazos, aunque la presencia de Marta sirvió para que las preguntas de los dos hombres a convencer por el editor versasen en torno a la abogada. Los platos se sucedieron, con esos nombres de tanta apariencia y tan miserable contenido. Raciones rácanas que no podían evitar que el vino se desbordase. Siempre queda el postre de la casa para llenar bien el estómago e impedir que el líquido rojo haga estragos.

La llegada de los chupitos marcó el momento que Bernardo llevaba horas esperando. Antes, presa de la excitación, acudió al cuarto de baño para servirse un par de filas más. Se miró con perplejidad al espejo mientras se pasaba los restos de la coca por la dentadura. Aquello debía estar cortado con ketamina o con codeína, porque se sentía en volandas. Aplicó agua a su rostro y con el peine se atusó los cabellos que sobrevivían sobre su frente. Desfiló frente al espejo, inspiró y expiró con fuerza y salió con la determinación con la que sale un jugador al campo en una gran final. El trayecto hasta el salón privado le pareció discurrir a cámara lenta.

Uno de los dos tipos de la empresa periodística era el subdirector, mostacho, calvorota, pajarita de color llamativo -un naranja asesino- y unos tirantes muy americanos, a lo Larry King. Fachada, fachada, fachada. El otro era un ejecutivo, más joven, de una exasperante corrección, trajeado de faena en un azul neutro. Peinado neutro, neutra conversación, blanca camisa neutra, sonrisa de anuncio de dentífrico al extenderle

un contrato que Bernardo ya había revisado con Lucas, su abogado, el día anterior e impenetrable expresión mientras el editor repasaba cada página antes de firmar. Una vez concluido, Bernardo le extendió los papeles al ejecutivo, aliviado, hasta que Marta tomó los folios “para echarles una ojeada, si no os importa” ante el estupor de los tres mudos comensales. Nadie supo qué hacer mientras la voluptuosa mujer revisaba cada página con un “ajá” para cada una. El editor recordó porqué no quería que Marta hubiera acudido a aquella cita. Una abogada demasiado curiosa. El editor recordó los tiempos de la facultad de Derecho, cuando se habían conocido. La entrada del camarero empujando un carrito con una hielera y un par de botellas de cava rompió la estrafalaria situación. Marta entregó los papeles al ejecutivo que sonrió, esta vez con expresión lujuriosa: Había notado la erección que le había fallado en los quince días anteriores. Brindaron, relajados.

El editor propuso ir a celebrar el acuerdo con una copa en “Y”, local de moda por excelencia de la noche más pija y grimosa de la ciudad. Bernardo quería vaciárlas un poco a sus invitados y, de paso, cansar a Marta para retomarlo con Raquel. Al ver el descapotable, el ejecutivo neutro expresó su deseo de subirse a uno.

-Me hace ilusión. Sería mi primera vez.

Marta sonrió, nerviosa, mientras miraba de soslayo a su novio oficial. Éste asintió con un gesto y la mujer, sonriendo, le dijo al ejecutivo, seductora:

-Ven.

Bernardo se encaminó con el subdirector a un im-personal monovolumen Chrysler Voyager. El editor pensaba en una próxima propuesta al periódico, en más dinero. Se volvió a imaginar a Raquel y Marta juntas, besándose mientras él lanzaba al aire billetes de 100, 200 y 500 euros.

El pequeño descapotable de la abogada volaba por la autovía mientras el ejecutivo neutro trataba de buscar algún tipo de roce con ella y su cuerpo. Le preguntó:

-¿Podemos pasar por mi casa? Tengo todos estos documentos firmados en esta carpeta y no me gustaría andar de noche con ellos.

Marta asintió con una sonrisa.

-¿Dónde vives?

-Tira por esa desviación.

La desviación conducía a un monte en cuya falda se arrebujaban chalets de diverso tamaño y estilo, en una anárquica combinación que la noche atenuaba.

-Ahí, ahí es. El de la izquierda.

Con la llave electrónica abrió el portón y dio paso a una pequeña pero coqueta construcción, rodeada de una parcela mayor que la de la mayoría de sus vecinos.

-¿Te apetece una copa?

La propuesta del ejecutivo gris despertó la insaciable curiosidad de Marta.

-¿Estás casado?

-Divorciado- sonrió.

La abogada hizo lo propio y descendió del vehículo.

Decoración funcional, sin alardes, una prolongación de la imagen que daba el ya no tan joven empleado de la empresa periodística. A la luz del enorme salón presidido por una no menos grande chimenea, su rostro no disimulaba que la juventud comenzaba a evaporarse de su vida. Depositó en un cajón la carpeta con los documentos y abrió una estantería repleta de vasos, copas y botellas de muy diverso tamaño. Debajo de esa estantería, un mini-bar reunía bebidas refrescantes para los combinados.

-¿Qué quieres?

La abogada había encendido un pitillo. No era precisamente Lauren Bacall en su postura, pero sirvió para excitar aún más al ejecutivo divorciado, que se colocó el slip y los pantalones para que éstos no molestasen una indisimulable erección.

-¿Qué tienes?

-De todo. Ven -El dueño de la casa le daba la espalda, tratando de ocultar el tamaño de su excitación. Llevaba casi dos años sin sexo, justo el tiempo que

había transcurrido desde que su mujer le abandonara. Divorcio exprés, soledad y adicción al trabajo, ¿qué otra cosa le quedaba? Dos años sin sexo de ascensión imparable dentro de la empresa. Ella se acercó, colocando su mano en su hombro derecho. Se sirvió un whisky de doce años Cardhú, que casi nunca probaba -demasiado fuerte para él- y acercó un vaso para ella.

-Un Bloody Mary.

Se agachó y creyó que sus pantalones iban a romperse de la apretura. Aguantó el dolor y extrajo del mini-bar un botellín de zumo de tomate, hielos, sal, pimienta y una cuchara. Cuando los posó sobre la repisa, Marta aplaudió y el hombre se sintió como Kennedy en su fiesta de cumpleaños agasajado por Marilyn Monroe. Situó su mano derecha en la cintura de la abogada. Luego la izquierda en el hombro y la besó en la boca con dulce suavidad. Marta, aún sorprendida, trató de rebajar calor a la situación.

-Aún no me has servido el Bloody Mary.

Las manos del ejecutivo divorciado se ocuparon con hielos, las bebidas, sus condimentos y la cuchara mezcladora. Le ofreció el combinado con su izquierda, mientras la derecha volvía a situarse con calma en su cintura. El desconcierto comenzaba a abrirse paso en la mente de la abogada. No sabía qué podía hacer. Tan sólo recordaba haberle puesto los cuernos a su novio, una esporádica vez, lejos de la ciudad. Un don nadie de otra población con quien difícilmente se cruzaría más en su vida. Un rollete de una noche. Bebió

a fondo de su Bloody Mary. Cuanto antes acabara la bebida, antes se terminaría el flirteo. Pero el ejecutivo no deseaba que aquello terminase. La besó de nuevo y la mujer no supo si resistirse. El divorciado comenzó a recorrer con sus manos nerviosas la anatomía exuberante de la mujer. En un descanso de tanto contacto bucal, la abogada trató de reconducir la situación.

-¡Vas muy deprisa! dijo, mientras desasía las garras del ejecutivo neutro, que ya se había quitado su americana de reuniones de trabajo dejando al descubierto una gran anchura de hombros, una espléndida musculatura en sus pectorales que delataba horas de trabajo físico en el gimnasio.

Se sentaron en un enorme sofá. El remedio no fue tal. El hombre volvió a invadir los labios, la boca, el cuello de Marta. Sus manos culebreaban, incesantes, como si en vez de dos fueran cien. La abogada estaba sofocada. Excitada pero muy tensa. Dubitativa. Unos abrazos más y el ejecutivo había bajado la cremallera trasera del vestido rojo dejando al descubierto un sujetador de encaje también rojo. A través de sus transparencias, el divorciado adivinó los enormes pezones de la abogada. El estímulo le convirtió en una fiera depredadora y consiguió descubrir los pechos de la mujer. Como si de una señal de alarma se tratara, Marta apartó unos centímetros a aquella fiera inflamada de deseo. Estaba enojada y confundida. El tipo iba demasiado deprisa y ella no sabía qué era lo que en realidad deseaba.

-Vas demasiado deprisa, cariño.

-¡Cariño?

La fiera recordó el adjetivo siempre presente en los labios de su odiada ex-mujer. Le dio un enorme tortazo y le bajó las bragas con destreza.

-¡Cariño! ¡Cariño! ¡Cariño! aulló, preso de la locura.

Marta vio sus ojos fuera de las órbitas y notó cómo había conseguido introducirle su miembro. Se revolvió, pero él sujetaba con firmeza sus piernas. Le golpeó y le golpeó pero el movimiento continuaba en su interior. Cinco minutos de intentos de pateo, de contorsiones para intentar sacarle, de puñetazos a su cuerpo y su cara no bastaron para que él alcanzara su primer orgasmo. Suspiró con fuerza y se alejó de su cuerpo, sentándose en el gigantesco sillón. Ella comenzó a insultarle, confundida, humillada. Miró en torno a sí y vio el vaso con el Bloody Mary y se lo estampó en la cara. El trallazo sobre su nuca apenas hizo efecto y cuando él se volvió, las bofetadas comenzaron a caer sobre el rostro de Marta como la pertinaz lluvia preludio de una tormenta aún peor. Los golpes cayeron después sobre las enormes tetas de la abogada y el ejecutivo volvió excitarse. La penetró con fuerza, una y otra vez. Sonó el móvil que tantas veces le había molestado cuando hacía el amor con su mujer, pero esta vez nada ni nadie le detuvo. Para el ejecutivo el orgasmo fue aún mejor. La abogada se había rendido.

El ejecutivo se incorporó, ya completamente desnudo. Cogió un pitillo del bolso de Marta y se sirvió

un ron Barceló reserva doce años con unas gotas de limón y un Red Bull. La mujer permanecía en silencio tratando de arreglarse, las lágrimas en los ojos, el rimmel descorrido y la barra de labios dibujando curvas más allá de la frontera de sus labios. El silencio dañaba a ambos, que escuchaban sus corazones trotar desbocados en su interior. El ejecutivo se dirigió al extremo contrario del salón y con el mando a distancia eligió un disco de Alejandro Sanz. La mujer se acercó al mini-bar para aplicarse hielo en las mejillas, que ardían tanto como su cuerpo temblaba. Descubrió el hielo y sumergió sus manos en la hielera. Al hacerlo, se cortó ligeramente su brazo izquierdo con un objeto que le pareció un alargado picahielo. El mundo de Marta se detuvo entonces. Se tranquilizó y pensó cómo reconducir la situación. Tomó el picahielo con su mano derecha, ocultándolo tras su brazo.

-Esto no ha sucedido como yo hubiera soñado. ¿Por qué no lo intentamos de nuevo?

Se sentó en el sofá y cruzó sus piernas aún temblorosas. Se dio cuenta que no llevaba sus bragas, pero no quiso que su mirada huyera de los ojos encendidos del ejecutivo.

La confusión en el divorciado duró poco. Apuró la bebida y volvió a entrelazarse con la mujer. Tercera erección. Su juego de manos volvió a situar a la ahora dócil mujer en posición para volverla a penetrar. Marta había dejado el picahielos a mano y le arreó dos tremendos golpes en el cráneo al divorciado, hasta que consiguió clavarle el tercero en su oído. El far-

do neutro cayó sobre el cuerpo de la violada. Con un gesto de asco trató de quitárselo de encima. El hijo de puta pesaba.

Intentó tranquilizarse. Rebuscó en su bolso y encontró un pañuelo. Miró en torno a sí tratando de encontrar sus bragas y el pantalón del hombre. Dentro estaba la llave electrónica. Extrajo el dinero de la cartera y se llevó el vaso con los restos de Bloody Mary. Abrió las puertas con su mano envuelta en el pañuelo de tela y se sentó en el descapotable. Se dio cuenta que no era el suyo. Un modelo igualito al suyo, sólo que en color rojo. “Hijo de puta”. Salió zumbando de aquel tétrico lugar y marcó el número de su novio.

-¿Diga? -acertó a escuchar en una jauría de música y voces.

-Cielo, no me encuentro muy bien. Me voy a casa. Te llamo mañana, mi amor. La mano no dejaba de temblar y arrojó el teléfono al asiento del copiloto con rabia.

-¿Quién era? -preguntó el hombre de la pajarita naranja.

-Marta.

-¿Quién?

-La mujer que ha cenado esta noche con nosotros.

-¡Ah!

-¿Qué te parece si te llevo a otro local mejor?

-Hum, no sé. -El abnegado subdirector acabó por aceptar.

Bernardo pensó en Raquel y ambos se dirigieron al Blondie.

-¿Dónde se habrá metido Marcos?

-¿Marcos?

-Sí, el ejecutivo que ha cenado hoy con nosotros y se ha llevado los papeles de nuestro acuerdo.

-Seguro que tiene sus propios planes -respondió Bernardo, mientras fantaseaba con rematar en compañía de Raquel una velada inolvidable.